

Mientras con laúd templado la locura
 Disparatar parece, y, sin embargo,
 En el compás perfecto se mantiene.
 Quien al lado de este hombre osa ponerse, —735
 Merece por lo osado la corona.

Perdonad si yo mismo transportado,
 Inspirado me siento, y si ni tiempo,
 Lugar, ni aun lo que digo reflexiono.
 Pero con los poetas, las coronas, —740
 El traje singular de nuestras bellas,
 Me siento á un mundo nuevo transportado.

PRI. El que así aprecia un mérito, no puede
 Otro desconocer. Tú has de mostrarnos
 En los cantos de Tasso, capaz sólo —745
 De conocerlo bien, lo que sentimos.

ALF. Ven, Antonio; impaciente todavía
 Estoy por preguntarte muchas cosas.
 Hasta que el sol se ponga; perteneces
 Después á las señoras: ¡Adiós! ¡Vamos! —750
 (Antonio sigue al príncipe, y Tasso á las damas.)

ACTO SEGUNDO

Sala.

ESCENA PRIMERA

PRINCESA. TASSO.

TAS. Con mal seguros pasos ¡oh princesa!
 Te sigo, y pensamientos sin medida
 Ni concierto se agitan en mi alma.
 La soledad amiga, que me llama
 Parece y que me dice: «Ven, las dudas —5
 Yo desharé que surgen en tu pecho».
 Pero te miro, escucha de tus labios
 El oído, que está atento, una palabra,
 Y me rodea nueva luz, y todas
 Mis ligaduras desprendidas caen: —10
 Confesarte he, que no suavemente
 Del sueño hermoso despertóme el hombre
 Aquél, que de improviso vino á hablarnos.
 Su porte, sus palabras, me afectaron
 Por modo tan extraño, que en mí siento —15
 Más que nunca, dos hombres, y de nuevo

- Conmigo mismo, en lucha, me confundo.
- PRI. Es imposible que un antiguo amigo
Mucho tiempo alejado y otra vida
Distinta haciendo, se halle en el momento—20
De volvernó á ver, tal como era antes.
No ha cambiado en el fondo: solamente
Con él vivamos unos cuantos días;
Volverá á establecerse el buen acuerdo,
Y otra vez la armonía, tan hermosa—25
Nos unirá. Cuando él conozca entonces
Mejor la obra que has hecho en este tiempo,
No da lugar á duda que te ponga
Al lado del poeta que ahora mismo
Coloca frente á ti como un coloso.—30
- TAS. La alabanza de Ariosto en boca suya,
Princesa mía, en vez de lastimarme,
Me ha causado placer. Para nosotros,
Consolador es ver que se celebra
A aquel á quien tenemos por modelo.—35
En secreto podemos confesarlos:
—Si alcanzas de su mérito una parte,
Esa tendrás segura, de su gloria.—
No; lo que el corazón ha conmovido
Y todavía llena mi alma entera,—40
Han sido las figuras de aquel mundo
Que gira, vivo, enorme é incesante
Exactamente, alrededor de un hombre
Solo grande; y que cumple la carrera
Que el semidios le señaló, atrevido.—45

- Atento y complacido, las palabras
De hombre tan entendido recogía,
Pero ¡ay! ante mí mismo al escucharlas
Me hundía más y más. ¡Temí, como eco,
Desparecer fugaz entre las rocas;—50
Perderme en un sonido; en una nada!
- PRI. Y sin embargo, al parecer sentías
Poco ha muy bien, que el héroe y el poeta
Buscarse deben; uno para el otro
Deben vivir, y no envidiarse nunca.—55
Cierto; la acción del héroe es admirable,
Mas también es hermoso el transmitirla
A la posteridad, en dignos cantos.
Conténtate con ver desde este estado
Que te protege, cual desde una orilla—60
Tranquilo, el torbellino de este mundo.
- TAS. ¿Y no es aquí donde por vez primera
Vi dar su recompensa al valeroso?
Mozo inexperto, aquí llegué en un tiempo
En que, fiesta tras fiesta, parecía—65
Ferrara del honor el centro mismo.
¡Qué espectáculo aquél! La extensa plaza
Donde la ejercitada bazaría
En todo su esplendor iba á mostrarse,
De un público se hallaba rodeada—70
Que el sol á contemplar no es fácil vuelva.
Las mujeres más bellas, los primeros
Hombres de nuestro tiempo, allí apiñados.
¡Tan noble multitud causaba asombro!

Exclamaban: «La patria, esta península—75
 Angosta, es quien á todos los envía,
 Y el tribunal más excelente forman
 Todos juntos, que nunca ha decidido
 Sobre el honor, y la virtud y el mérito.
 Mirados uno á uno, nadie puede—80
 Avergonzarse del que tiene al lado».

Después fueron abiertas las barreras,
 Piafaron los caballos, relucían
 Los arneses, corrían escuderos;
 Saltaban en astillas muchas lanzas,—85
 Sonaban las trompetas y los cascos
 Y escudos con los golpes; un momento
 Cubrió arremolinado el polvo la honra
 Del vencedor, la mengua del vencido.
 ¡Deja que corra un velo ante espectáculo—90
 Tan esplendente, á fin que sienta menos
 Mi indignidad en momento tan dichoso!

PRI. Si aquel público noble, aquellos hechos
 De emulación, entonces te inflamaron,
 Yo, mi joven amigo, al mismo tiempo—95
 Lección podría de paciencia darte;
 Las fiestas que ponderas, que mil lenguas
 Me alabaron entonces y alababan
 Muchos años después, no las he visto.
 En aislado lugar donde podía,—100
 Sin ser interrumpido casi siempre
 Perderse de alegría el postrer eco,
 Muchas tristezas padecí y dolores.

La imagen de la muerte con sus alas
 Grandes, abiertas ante mí, la vista—105
 Me quitaba del mundo siempre nuevo.
 Se alejó muy despacio, y al fin pude
 Ver como por un velo ya, los tonos
 De la vida apagados, pero gratos.
 De nuevo vi moverse formas vivas.—110
 Salí por vez primera de mi cuarto
 De enferma, sostenida en mis doncellas;
 Lucrecia entonces, viva y animada,
 De la mano trayéndote, acercóse;
 Fuiste el primero á quien, desconocido—115
 Y extraño, me encontré en la nueva vida.
 Para ti y para mí mucho he esperado,
 Y vana mi esperanza no va siendo.

TAS. Yo, atolondrado por el torbellino
 De la gente, por tantos resplandores—120
 Deslumbrado, por muchos sentimientos
 Conmovido, cruzaba con tu hermana
 Los quietos corredores del palacio.
 Entramos en tu cuarto, y apoyada
 En tu doncella, pronto te mostraste.—125
 ¡Qué instante para mí aquél! ¡Oh, perdona!
 Como fácil se cura al acercarse
 A la divinidad el desvariado,
 Así curado fuí de toda falsa
 Inclinação, de toda pasión vana.—130
 Al encontrar la mía, tu mirada,
 Así como antes, entre mil objetos

Mi codicia inexperta se perdía,
Reconcentréme por la vez primera
Y aprendí á conocer lo deseable.—135
De igual modo en el mar, el hombre en vano
Busca una perla que reposa oculta
Encerrada en su concha silenciosa.

PRI. Allí dieron comienzo hermosos tiempos,
Y si el duque de Urbino nos hubiera—140
A mi hermana dejado, pasarían
Los años en ventura no turbada.

Mas de aquella mujer que vale tanto,
Por desdicha nos faltan la alegría,
El ingenio feliz y el noble esfuerzo.—145

TAS. Demasiado lo sé, pues desde el día
Que de aquí se partió, nadie ha podido
La alegría completa devolvarte.

¡Cuántas veces mi pecho se desgarró
Por esto, y á la selva doy mis quejas!—150

¡Ay!—exclamo—¡Su hermana sola tiene
El derecho feliz de contentarla!

¿No hay corazón que valga su confianza?

¿Ni alma que esté conforme con la suya?

¿Se extinguieron la chispa y el ingenio?—155

¿Y una mujer, por mucho que valiese
Lo era todo? ¡Perdóname, Princesa!

En mí pensaba entonces, deseando

Poder ser algo para ti, aunque poco.

Algo, no con palabras, con acciones—160

He ansiado ser, que te mostrase cómo

Mi corazón te consagré en secreto.
Mas no lo conseguí: mil veces hice
Por error, lo que más te disgustaba,
A quien tú protegías ofendiendo,—165
Lo que aclarar querías embrollando,
Y de continuo así, cuando más cerca
Ansiaba estar, más lejos me encontraba.

PRI. Nunca desconocí tus intenciones,
Y sé, Tasso, lo mucho que te ocupas—170
En dañarte á ti mismo. Mientras sabe
Mi hermana vivir bien con todo el mundo,
Apenas has podido, en muchos años,
Encontrar un amigo.

TAS. La censura

Recibo; mas después, ¿dónde está el hombre—175

O la mujer, tú dime, con quién pueda
Hablar como contigo, á pecho abierto?

PRI. Debieras á mi hermano confiarte.

TAS. ¡Mi príncipe es!—No creas que mi pecho
Hincha de agreste libertad el soplo.—180

El hombre no nació para ser libre,

Y para un noble no hay mejor fortuna

Que un príncipe servir, á quien venera.

En fin, es mi señor, y bien comprendo

Todo el alcance de esta gran palabra;—185

Debo saber callar cuando él razona,

Y cuando ordena, obrar aunque quisieran

Mi alma y mi corazón contradecirle.

PRI. Esto nunca sucede con mi hermano.

Y ahora que á Antonio poseemos, tienes—190
Otro prudente amigo asegurado.

TAS. Lo he esperado, mas casi desespero.

¡Qué instructivo su trato me sería
Y útiles sus consejos! Él posee,
Puedo decirlo, cuanto á mí me falta;—195

Mas si todos los dioses con presentes
Vinieron á su cuna, por desdicha
Las gracias se ausentaron, y al que faltan
Sus dones, puede dar y tener mucho,
Pero en su pecho no descansa nadie.—200

PRI. Puede uno de él fiarse, y es bastante;
No todo ha de tener un hombre solo,
Y éste, lo que promete te lo cumple;
Una vez que se ha dicho amigo tuyo,
Él velará por tí, si tu no velas.—205
Debéis uniros. Yo me lisonjeo
De hacer en poco tiempo esta obra buena.
Mas no resistas, como de costumbre,
Pues á Leonor tuvimos mucho tiempo
Linda y discreta, con la cual es fácil—210
Vivir, y á ésta tampoco consentiste,
Aunque era su deseo, en acercarte.

TAS. Te obedecí, pues de otro modo, de ella
Alejado me hubiera y no acercado.
Aunque amable parezca por extremo,—215
No sé por qué, mas pude raras veces
Ser con ella expansivo, y aunque tenga
La intención de hacer bien á sus amigos,

La intención es visible y desconcierta.

PRI. ¡Nunca por tal camino encontraremos—220

Sociedad, Tasso amigo! Este sendero
Nos induce á vagar por silenciosos
Valles y solitarias enramadas.
El alma se extravía, y no encontrando
Fuera la edad de oro, esfuerzos hace—225
Por renovarla dentro de sí misma,
Por poco que le salga bien la prueba.

TAS. ¡Oh qué palabra ha dicho mi princesa!
¡La edad de oro! ¿A qué sitios ha volado,
Que así hace suspirar los corazones?—230
Cuando en la tierra libre se esparcían
Los hombres cual rebaño afortunado;
Cuando un árbol añoso en la pradera
Daba á pastoras y pastores sombra;
Y los arbustos con sus tiernas ramas—235
Cobijaban las ansias amorosas,
Donde el arroyo sobre arena pura
Silencioso á las ninfas abrazaba,
Y tímida perdíase en la hierba
La culebra, y huía castigado—240
Por el joven audaz, fauno lascivo;
Cuando al hombre decían, en el aire
Las aves, en los montes y en los valles
Los brutos: «Lo que gusta es permitido.»
PRI. La edad de oro ha pasado, amigo mío,—245
Pero los buenos saben renovarla.
Y si te he de decir mi pensamiento,

Esa edad de oro con que los poetas
 Nos lisonjean, ese hermoso tiempo,
 No lo hubo nunca más que lo hay ahora,—250
 Y si fué alguna vez, puede lo mismo
 Volver de nuevo á ser para nosotros,
 Porque aún hay corazones que se entienden
 Y con lo bello gozan de igual modo.
 Sólo del lema una palabra es fuerza—255
 Cambiar: «Lo conveniente es permitido.»

TAS. ¡Si un tribunal universal, compuesto
 De hombres nobles y buenos, decidiese
 Qué es lo que es conveniente; y no que todos
 Juzgan tal, lo que sirve á su provecho!—260
 Vemos que al poderoso, al hábil, todo
 Le está bien, y cuanto hace es permitido.

PRI. Si lo que es conveniente saber quieres,
 A las mujeres has de preguntarlo;
 Pues á ellas les importa más que á nadie—265
 Que sea decoroso cuanto ocurra.
 Ciñe la conveniencia con un muro
 Al tierno sexo, que ofender es fácil.
 Con la moralidad imperan ellas,
 Y nada son do la licencia manda.—270
 Y verás inclinarse en ambos sexos,
 La mujer al decoro, el hombre al vicio.

TAS. ¿Nos crees desenfrenados, insensibles?

PRI. No; mas apeteceís bienes lejanos,
 Y vuestro impulso debe ser violento.—275
 En la inmortalidad ponéis la mira;

Mientras nosotras, sólo limitado
 Bien, en la tierra, poseer podemos
 Y es el hacerlo estable cuanto ansiamos.
 Nunca del corazón del hombre estamos—280
 Seguras, aun rindiéndose ferviente.
 La belleza, que al parecer, tan sólo
 Estimáis, pasa pronto. Lo que resta
 No excita, y no excitando, cosa es muerta.
 ¡Si hombres hubiese de apreciar capaces—285
 El corazón de una mujer; si viesen
 El tesoro de amor y de constancia
 Que conserva en su pecho reservado;
 Si en vuestra alma pudiese quedar viva,
 De las horas más bellas, la memoria;—290
 Si vuestra vista perspicaz pudiese
 El velo penetrar, que la dolencia
 Y los años, encima nos arrojan;
 Si en vez de provocar nuevos deseos
 La posesión, sosiego os concediese,—295
 Luz bien hermosa nos alumbraría;
 Podríamos gozar la edad de oro!

TAS. Cosas me dices que en mi pecho mueven
 Inquietudes ya medio adormecidas.

PRI. ¿Qué piensas, Tasso? No me ocultes nada.—300

TAS. Oí decir, y ahora en estos días
 Vuelvo otra vez, y aun cuando no lo oyese
 Lo debiera pensar, que nobles príncipes
 Aspiran á tu mano. Aunque previsto
 Esto, me aterra y desespera casi.—305

¡Nos dejarás, es natural, mas cómo
Lo voy á soportar, no lo concibo!

PRI. Estad por el momento sin cuidado;
Casi puedo decir: ¡Estadlo siempre!
Me hallo aquí bien; aquí quedarme quiero;—310
No veo relación que me seduzca.
Y si sujeta más queréis tenerme,
Con la concordia lo probad, haciendo
Vuestra felicidad así, y la mía.

TAS. ¡Ay, enséñame á hacer cuanto es posible!—315
Consagrados te están mis días todos.
¡Cuando mi corazón, para ensalzarte
Y darte gracias, se abre, la más pura
Dicha que el hombre sentir puede, siente!
¡Sólo en ti lo divino he conocido!—320
Los dioses de la tierra se distinguen
Del resto de los hombres, como el alto
Destino, de los juicios del más cuerdo
Se diferencian. Las que á nuestra vista,
Como olas poderosas se aparecen,—325
Ondas ligeras son, que, inadvertidas,
Murmuran á sus pies. Los huracanes,
Que nos derriban y ensordecen, no oyen;
Apenas nuestras súplicas escuchan,
Y dejan, como niños, que llenemos—330
El aire, de lamentos y suspiros.
¡Tú, deidad, muchas veces me has sufrido,
Y como el sol lo seca, tu mirada
Secó de mis pestañas el rocío!

PRI. Muy justo es que te traten las mujeres—335
Con amistad cumplida: tu poema
Su sexo ensalza por diversos modos.
Intrépidas ó tiernas, has sabido
Nobles y amables siempre presentarlas;
Y si Armida aparece odiosa, pronto—340
Por su amor y atractivos queda absuelta.

TAS. Todo cuanto resuena en mi poema
Á una mujer lo debo, ¡sólo á una!
Ninguna imagen ideal, incierta,
Resplandeciendo á veces en mi alma,—345
Y á veces retirándose, se cierne
Ante mí. Yo la he visto con mis ojos,
Modelo de lo hermoso y de lo bueno.
De él, lo que ha de quedar he copiado.
El amor de Tancredo por Clorinda;—350
De Herminia la constancia silenciosa;
De Sofronia lo grande; el sufrimiento
De Olinda, no son sombras de un delirio;
Tienen ser, y por eso son eternas.
Pues ¿quién con más derecho á durar siglos—355
Y á ejercer influencia misteriosa
Que el secreto de un noble amor, confiado
Con discreción á la alta poesía?

PRI. ¿Y quiéres que te diga un privilegio
Que inadvertidamente ésta se toma?—360
Sin sentir, nos atrae y la escuchamos.
Se nos figura que la comprendemos,
Y comprendiendo, no la censuramos;

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIV. DE MEXICO
"ALFONSO RIVERA"
1966. 1625 MONTEREY, MEXICO

Y al fin, la poesía, así nos gana.

TAS. ¡Oh, qué cielo descubres á mi vista,—365

Princesa! Si su brillo no me ciega,

Sobre espléndidos rayos de oro, veo

Bajar eterna dicha inesperada.

PRI. ¡No vayas tan allá! Cosas hay, Tasso,

Que nos es dado asir con energía;—370

Pero otras hay, que sólo con mesura

Y abnegación podemos alcanzarlas.

Esto, con la virtud, dicen, sucede,

Y el amor, que es su hermano, ¡reflexiona!

(Vase.)

ESCENA II

TASSO

TAS. ¿Te será permitido abrir los ojos—375

Y en derredor mirar? ¡Solo te encuentras!

¿Estas columnas, lo que habló escucharon?

¿Y de temer serán estos testigos

Mudos, de tu suprema dicha? Se alza

El sol del nuevo día de mi vida—380

Que en nada se parece á los pasados.

Bajando hasta él, la diosa al mortal alza

Rápido hasta ella. ¿Qué horizontes nuevos

Y qué imperio descubre mi mirada?

Mi ardiente afán, ¡qué bien recompensado!—385

Soñé que á la alta dicha me acercaba,

Y esta dicha supera á todo sueño.

El que ciego nació, piensa á su modo

La luz y los colores; mas si el día

Llega á ver, adquirió un sentido nuevo.—390

Animoso, anhelante, ebrio de gozo

Entro en este camino: ¡me das mucho!

Como el cielo y la tierra, que sus dones

Nos dan á manos llenas, y me exiges

En cambio, lo que sólo con derecho—395

De mí puede exigir, don semejante.

Debo ceder, mostrarme moderado,

Merecer de este modo que en mí fies.

¿Qué hice yo para que ella me eligiese?

¿Qué haré para alcanzar ser de ella digno?—400

Lo eres porque de ti fiarse pudo.

¡Sí, princesa: por siempre, á tus palabras

Y á tus miradas mi alma se consagre!

¡Exige lo que quieras, pues soy tuyo!

Mándeme á luengas tierras á que busque—405

La gloria, los peligros, los trabajos;

Déme, en secreta selva, la áurea lira;

Conságrame al reposo y á su culto;

Soy suyo, haga de mí lo que le plazca;

Mi pecho le guardaba sus tesoros.—410

Si los dioses, mil modos de expresarme

Me dieran, la inefable idolatría

A decir, que le tengo, no bastaran.

¡Pincel de artista poseer quisiera

Y labios de poeta, los más dulces—415

Que alimentó jamás la miel reciente!

Ya nunca más entre árboles y entre hombres
 Perderse ha Tasso, débil, solo y triste,
 Porque ya no está solo, ¡está contigo!
 Si ante mí se ofreciere la más noble—420
 De las empresas, á la cual rodearan
 Peligros espantosos, me lanzara
 Exponiendo mi vida, que recibo
 De sus manos ahora; invitaría
 A los más esforzados campeones,—425
 Y con tan noble tropa, lo imposible
 A su mandato y voluntad haría.
 ¡Impaciente! ¿Por qué lo que sentías
 Tu boca no ha guardado hasta ser digno
 Y más digno, á sus pies de prosternarte?—430
 Tu intención, tu deseo, tales eran;
 Pero sea: más vale puramente
 Tal presente obtener inmerecido
 Que medio sospechar que se podría
 Llegar á pretender. ¡Mira gozoso—435
 Lo que tienes delante! Es tan inmenso...
 La juventud te llama y su esperanza
 De nuevo, á un porvenir radiante, ignoto.
 —¡Hinchete pecho!—¡Vientos de la dicha,
 Sed al fin favorables á esta planta!—440
 Al cielo se dirige y de su tronco
 Salen miles de ramas que florecen.
 ¡Si diese frutos! ¡Si alegrías diese!
 ¡Y si una mano amada, el áureo adorno
 De sus lozanas ramas colectase!—445

ESCENA III

TASSO. ANTONIO.

TAS. ¡Bien venido! Te veo cual si fuese
 Por vez primera. Nadie me fué nunca
 Mejor que tú anunciado. ¡Bien venido!
 Ahora conózco todo cuanto vales.
 Mi mano amiga sin dudar te ofrezco,—450
 Y no espero de ti ser desdeñado.

ANT. Generoso me ofreces bellos dones,
 Y reconozco su valor cual debo.
 Mas antes de aceptarlos, que vacile
 Permite; pues no sé si semejantes—455
 Te los podré volver. Yo no quisiera
 Precipitado parecer, ni ingrato:
 Déjame por los dos ser precavido.

TAS. ¿Quién niega la prudencia? Cada paso
 Cuán necesaria sea, nos demuestra;—460
 Pero es más bello que nos diga el alma
 Si las sutiles precauciones huelgan.

ANT. Sobre eso cada cual su alma consulte,
 Pues cada cual sus faltas pagar debe.
 ¡Sea, pues! Yo he cumplido el deber mío,—465
 La orden de la princesa respetando
 Que amigos nos desea; á ti me ofrezco:
 Quedar atrás no debo, mas tampoco
 Importunarte, Antonio; así esto quede:
 Quizá el tiempo y el trato te estimulen—470

- A reclamar el don que, friamente,
Ahora apartas de ti y casi desdeñas.
- ANT. Suelen frío llamar al moderado
Los que tal vez con más calor se creen,
Porque les acomete de pasada.—475
- TAS. Censuras lo que evito yo y censuro,
Pues aunque joven soy, puedo afirmarlo;
Prefiero la constancia á la vehemencia.
- ANT. ¡Muy cuerdo! Sigue siempre en esa idea.
- TAS. Autorizado estás para advertirme—480
Y para aconsejarme, pues te asiste
Como amiga probada, la experiencia.
Mas cree: tranquilo el corazón escucha
De cada día y hora la enseñanza
Y silencioso ejerce esas virtudes—485
- ANT. Agradable sería ese comercio
Del individuo, si sirviese de algo.
Nadie á sí mismo conocerse puede
Por su fondo, pues la medida propia—490
Suele ser chica ó demasiado grande.
Los hombres en los hombres se conocen,
Quien dice lo que somos, es la vida.
- TAS. Asintiendo te escucho y con respeto.
- ANT. Y sin embargo, piensas lo contrario—495
Que con estas palabras decir quiero.
- TAS. Así, nunca podremos acercarnos.
No está bien hecho, ni es prudente, á un hombre
Desconocer deliberadamente,

- Sea quien sea. Yo te he conocido,—500
Antes casi de hablarme la princesa.
Sé que quieres el bien y lo procuras,
Y no te cuidas de tu propia suerte;
Que piensas en los otros, los asistes,
Y en el oleaje de la vida, firme—505
Tu corazón está. Yo así te veo.
¿Qué fuera yo, si á ti no te buscara?
¿Si á alcanzar no aspirase alguna parte
De ese tesoro que cerrado guardas?
Yo sé bien que de abrirte no te pesa,—510
Y cuando me conozcas, ese amigo
Mío serás, que me hace tanta falta.
No de mi inexperiencia me avergüenzo
Ni de mi juventud. Las nubes de oro
Del porvenir, aún sobre mí se mecen,—515
¡Oh noble Antonio! Estréchame en tu pecho,
Inicia á este inexperto, á este exaltado,
En el uso templado de la vida.
- ANT. En un momento exiges lo que el tiempo
Concede tras maduras reflexiones.—520
- TAS. Lo que apenas el tiempo con trabajo
Consigue, da el amor en un momento.
No pido esto; me atrevo á reclamarlo.
Y lo hago en nombre de la virtud misma
Que en unir á los buenos se complace.—525
¿A pronunciar me atreveré otro nombre?
Leonor lo quiere: espera la princesa
A ti llevarme y hacia mí traerte.

¡Salgamos al encuentro á sus deseos!
 Unidos, ofrezcamos á la diosa—530
 Nuestros servicios con el alma entera
 Para hacer lo mejor en honor suyo.
 ¡He aquí mi mano; estréchala, te pido!
 No sigas rehusando, no te apartes.
 Alma noble, concédeme el contento—535
 A los buenos más grato, el de entregarse
 En absoluto á los que son mejores.

ANT. A toda vela vas; bien se parece
 Que estás hecho á vencer en todas partes,
 Y hallas ancho camino y francas puertas.—540
 Tu mérito y tu suerte te concedo
 Sin discutir, mas veo demasiado
 Cuánto uno de otro nos hallamos lejos.

TAS. Será en años y en mérito probado,
 Que en voluntad y ardor á nadie cedo.—545

ANT. La voluntad no lleva en sí los hechos;
 Finge el ardor más cortos los caminos.
 Del que al término llegue, es la corona,
 Pero á veces la pierde el que más vale.
 Bien es verdad que hay fáciles coronas—550
 De géneros diversos, que se alcanzan
 A lo mejor en medio de un paseo.

TAS. Aunque alguna deidad á éste la entregue
 Y al otro se la niegue rigurosa,
 No como quiera cada cual la logra.—555

ANT. Si á la fortuna como diosa pones,
 Estoy contigo: su elección es ciega.

TAS. También lleva una venda la justicia,
 Y no mira prestigios ni ilusiones.

ANT. ¡Ensalce á la fortuna el agraciado;—560
 Préstele para el mérito cien ojos,
 Sabia elección, severas atenciones;
 Si se le antoja llámele Minerva;
 Tenga por premio sus gratuitos dones;
 Gala casual por merecido ornato!—565

TAS. No necesitas ser más claro. ¡Basta!
 En tu pecho penetro y te conozco
 Para toda la vida. ¡Oh! ¡Si lo hiciese
 Mi princesa lo mismo! No malgastes
 Los dardos de tu lengua y de tus ojos.—570
 En vano á la corona los diriges
 Que en mi cabeza inmarcesible posa.
 ¡Sé para no envidiármela asaz grande!
 ¡Quizá luego después me la disputes!
 Yo, cual supremo y santo bien, la miro.—575
 Y señálame el hombre que ha alcanzado
 Aquello porque pugno; muestra el héroe
 De que me hayan hablado las historias;
 Indícame al poeta que se pueda
 Comparar con Homero y con Virgilio;—580
 Y dime más aún: dónde está el hombre
 Que este premio tres veces mereciera,
 Y la hermosa corona haya tres veces
 Más que á mí sonrojado. De rodillas
 Entonces me verás ante la diosa—585
 Que me hizo el don, para que mi corona

- A la cabeza del más digno pase.
- ANT. Mientras tanto, la sigues mereciendo.
- TAS. ¡Que me juzguen! No trato de evitarlo;
Pero nunca el desprecio he merecido.—590
- Esta corona, de que mi princesa
Me juzgó digno y que tejió su mano,
Nadie la tome en broma y de ella dude.
- ANT. No te sienta ese tono y ese fuego
Ni al dirigirte á mí, ni en este sitio.—595
- TAS. Y lo que te permites tú, ¿me sienta?
¿Estará la verdad de aquí excluída?
¿La libertad acaso encadenada?
¿Impondrá la opresión este palacio?
Creo, la grandeza, la grandeza... de alma—600
Tiene su puesto aquí. ¿No ha de acercarse
Con ventaja á los grandes de la tierra?
Si tal. De nuestros padres el linaje
Nos acerca á los príncipes tan sólo.
¿Por qué no el alma, que naturaleza—605
No á todos grande da, como no á todos
Ascendencia de nobles dar podía?
Sólo la pequeñez aquí debiera
Sentirse mal, la envidia vergonzosa;
Como no debe, telaraña impura,—610
A estos muros de mármol adherirse.
- ANT. Mi desdén hacia ti, tú justificas:
¿Quiere el mozo irascible la confianza
Y la amistad del hombre por la fuerza?
¿Siendo tan descortés, te juzgas bueno?—615

- TAS. Lo que tú llamas descortés prefiero
A lo que innoble yo llamar debiera.
- ANT. Eres aun joven para que una buena
Disciplina te enseñe mejor senda.
- TAS. Para enfrenar altivo á los altivos—620
E ídolos no adorar, ya soy maduro.
- ANT. Héroe serás y vencedor, doquiera
De labios y laúd decida el juego.
- TAS. Necio sería celebrar mi brazo
Que no ha hecho nada, pero en él confío.—625
- ANT. Confías en la extrema tolerancia
Que te ha echado á perder en tu fortuna.
- TAS. Que hombre soy hecho, lo conozco ahora:
Contigo menos que con nadie, hubiera
Querido probar armas, pero atizas—630
Llama tras llama y en mis huesos arde
La médula, y el ansia dolorosa
De venganza, en mi pecho hirviente bulle;
Si eres el que pretendes, hazme frente.
- ANT. Ni tú sabes quien eres, ni do te hallas.—635
- TAS. No hay templo que á sufrir la afrenta obligue.
Tú este lugar insultas y profanas:
No yo, que confianza, amor, respeto,
La más hermosa ofrenda te traía.
Tu espíritu infecciona el paraíso—640
Aqueste, y tus palabras esta sala;
No de mi corazón el tumultuoso
Sentimiento, que mancha no tolera.
- ANT. ¡Cuánto espíritu en pecho tan angosto!

- TAS. Hay, para el corazón asaz espacio.—645
 ANT. También con las palabras lo hace el vulgo.
 TAS. Si eres como yo hidalgo, lo demuestra.
 ANT. Sí lo soy; pero sé donde me encuentro.
 TAS. Ven, donde usar podamos nuestras armas.
 ANT. Porque me llamas sin deber, no salgo.—650
 TAS. ¡Gusta la cobardía de un pretexto!
 ANT. Sólo en seguro retan los cobardes.
 TAS. Pues al seguro, con placer, renuncio.
 ANT. Mira por ti, ya que al lugar no miras.
 TAS. Él me perdone por lo que he aguantado—655
 (Saca la espada.)
 Sígueme, ó en guardia, si cual te detesto
 No quieres que por siempre te desprecie.

ESCENA IV

ALFONSO. Dichos.

- ALF. ¿En qué disputa inesperada os hallo?
 ANT. Tú me encuentras ¡oh príncipe! tranquilo
 Ante el que está de irenesí atacado.—660
 TAS. Te adoro como á un dios, y por lo tanto
 Tu mirada me avisa y me refrena.
 ALF. Cuéntame Antonio; dime Tasso: ¿cómo
 La discordia en mi casa ha penetrado,
 He hizo presa en vosotros, hombres cuerdos, -665
 Llevándoos de la senda del decoro
 Y la ley, al delirio? ¡Estoy absorto!
 TAS. Ni á él ni á mí nos conoces; ¡ya lo creo!

- Este hombre, á quien por sabio y comedido
 Se tiene, con malicia y grosería—670
 Como un rudo villano, me ha tratado.
 Acerqueme á él confiado y rechazóme;
 Solicito insistí, le insté amistoso,
 Y acerbo más y más, no halló sosiego
 Hasta que de mi sangre las más puras—675
 Gotas, no cambió en hiel. ¡Perdón! Me hallaste
 Aquí como un furioso, pero suya
 Es la culpa si yo me hice culpable.
 Él encendió la llama, violento,
 Que en mí ha prendido y que á los dos nos da
 [ñá.—680
 ANT. ¡El alto númen poético lo arrastra!
 Tú, príncipe, antes que á él te has dirigido,
 Me has preguntado á mí. Seame dado
 Después de este orador fogoso, hablarte.
 TAS. ¡Cuenta! cuenta palabra por palabra,—685
 Y puedes, cada gesto y cada sílaba
 Exponer á este juez, si es que te atreves;
 Segunda vez ultrájate á ti mismo
 Y depón contra ti: no me retracto
 Ni de una pulsación, ni de un suspiro.—690
 ANT. ¡Si tienes algo más que decir, habla!
 Si no, guarda silencio y no interrumpas.
 ¿Comencé yo, príncipe mío. ó esta
 Cabeza ardiente? ¿Quién de la disputa
 Ha tenido la culpa? Por ahora,—695
 Sin decidir esta pregunta quede.

Aun contra las ofensas, amenazas.
 Queda para la cólera y la saña
 Implacable, en los campos mucho espacio.
 Allí no huye el valiente, ni el cobarde
 Amenaza. Estos muros tus abuelos—755
 Para seguro, como santuario
 De su dignidad hicieron, manteniendo
 Bajo penas severas su reposo.
 El culpable, prisión, destierro ó muerte
 Tenía, sin mirar á las personas.—760
 Libre de la justicia el brazo obraba,
 Y hasta el reo aterrado se sentía.
 Ahora vemos, tras larga paz hermosa,
 Que en el dominio de la cortesía
 El insano furor reaparece.—765
 ¡Señor, castiga! ¿Quién podrá, en efecto,
 De sus deberes no pasar las lindes
 Si el príncipe y la ley no lo protege?

ALF. Más de lo que podáis decir entrambos
 Con imparcialidad me inclino á oíros;—770
 Pero vuestros deberes cumpliríais
 Mejor, si yo no hubiese de juzgaros.
 Porque razón y sinrazón se tocan;
 Si de Antonio una ofensa has recibido,
 Él te dará de una manera ó de otra—775
 Satisfacción, como pedirla quieras;
 Por árbitro holgaría me eligieseis.
 Tu proceder, ¡oh Tasso! mientras tanto
 Prisión merece. Como te disculpo,

Atenúo la ley por amor tuyo.—780
 Déjanos, Tasso, y en tu cuarto queda
 Sin más guardián que tu persona propia.
 TAS. ¿Tu fallo de juez, príncipe, es éste?
 ANT. ¿La templanza de un padre no estás viendo?
 TAS. (A Antonio.)
 Nada tengo que hablarte por ahora.—785
 (A Alfonso.)
 ¿Me condenas severo á mí, hombre libre,
 A la cautividad, príncipe? ¡Sea!
 ¡Lo crees justo! Tu sagrado fallo
 Respetando, silencio impongo al alma.
 Tan nuevo es esto para mí, que apenas—790
 Sé donde estoy, ni á ti ni á mi conozco.
 ¡A quien conozco es á éste!... Obedecerte
 Quiero, aunque mucho que decir tendría
 Y debería. Se enmudece el labio.
 ¿Fué aquello un crimen? Me parece al menos—795
 Que cual si fuera criminal me miran,
 Y ¡pese al corazón! estoy cautivo.

ALF. Peor lo tomas, Tasso, que yo mismo.
 TAS. Para mí permanece incomprensible;
 Incomprensible no: no soy un niño—800
 Y hasta imagino que debí pensarlo.
 Una clara se me hace de repente
 Y se vuelve á cerrar en el instante.
 Mi sentencia pronuncian y me inclino.
 Asaz has dicho inútiles palabras;—805
 A obedecer desde ahora te acostumbra.

¡Impotente! Olvidaste dónde estabas.
 ¡Creíste era el alcázar de los dioses
 Como la tierra llana, y te has caído!
 Obedece gustoso, que conviene—810
 Al hombre hacer de grado aun lo difícil.
 La espada que me diste cuando á Francia
 Al cardenal seguí, te entrego ahora:
 Sin gloria la llevé, más sin mancilla.
 De este presente, rico en esperanzas,—815
 Conmovido hasta el alma, me desprendo.

ALF. Cómo estoy hacia ti dispuesto, ignoras.

TAS. ¡Obedecer y no pensar me toca!
 Y el destino me exige, por desdicha,
 Que renuncie á un presente más precioso.—820
 ¡La corona no viste al prisionero!
 ¡La gala que creí me concedían
 Por toda eternidad, quito á mi frente!
 Diéronme esta alta dicha muy temprano,
 Y como si engreído ella me hubiese,—825
 Demasiado temprano me la llevan!
 Quitaste lo que nadie te podría
 Quitar, y lo que un dios no da dos veces.
 Grandes pruebas los hombres soportamos
 Que insoportables fueran, sin la grata—830
 Ligereza que nos prestó natura.
 Necesidad, cual pródigos nos hace
 Jugar con bienes de infinito precio,
 Y al abrir sin esfuerzo nuestra mano,
 Irremisiblemente algo se pierde.—835

A este beso, una lágrima va unida
 Que á lo inestable te consagra, signo
 Tierno, que se permite á la flaqueza.
 Cuando ni aun lo inmortal está seguro
 De destrucción, ¿quién lágrimas no vierte?—840
 Vete á la espada á unir que por desdicha
 No te ganó, y en ella entrelazada,
 Como en la sepultura de un valiente,
 En la de mi esperanza y dicha posa.
 A tus pies la depongo voluntario,—845
 Pues ¿quién armado está cuando te enojas?
 ¿Qué adorno hay para aquel á quien no miras?
 Yo preso voy: ¡Acato la sentencia!
 (A una seña del príncipe, un paje levanta la espada y la
 corona y se las lleva.)

ESCENA V

ALFONSO. ANTONIO.

ANT. ¿A donde va á parar? ¿Con qué colores
 Su mérito y su suerte pinta el mozo?—850
 La juventud, sin luces ni experiencia,
 Se tiene por electa, única, y todo
 Con cualquiera que sea se permite.
 Siéntase castigado, que el castigo
 Del joven, agradécenoslo el hombre.—855

ALF. Temo haber castigado en demasia.

ANT. Si con suavidad quieres tratarlo,
 Su libertad, ¡oh príncipe! le vuelve,

Y la cuestión decida nuestra espada.

ALF. Sea, si la opinión así lo exige;—860

Mas dí, ¿cómo su cólera excitaste?

ANT. Apenas sé decir cómo ha pasado.

Lastimado le habré tal vez como hombre,

Pero no como hidalgo lo he ofendido.

Y en su ira no salieron de sus labios—865

Palabras mal sonantes.

ALF. Yo lo mismo

Pensé de esa disputa, y mi juicio

Más y más tus razones afianzan.

Cuando dos se desunen, con justicia

Se culpa al más prudente: no debías—870

Enojarte con él: mejor te estaba

Guiarle. Todavía de eso es tiempo,

Ni éste es un caso que os obligue al duelo.

Todo el tiempo que tenga paz, deseo

En mi casa gozarla. Restablece—875

La calma; fácil cosa te es hacerlo.

Leonora Sanvitale tratar puede

Con su dulzura de suavizarlo.

Luego ve tú, y en nombre mío dale

Completa libertad. Su confianza—880

Con nobles y sinceras frases gana;

Esto has de terminar, con toda urgencia.

Debes hablarle como amigo y padre:

Quiero saber que hay paz antes de irnos,

Y nada es imposible cuando quieres.—885

Una hora más nos quedaremos; luego

Acabarán con tino las mujeres

Lo que tú has comenzado. A nuestra vuelta,

Habrán borrado de estas impresiones

La última huella. Al parecer, Antonio,—890

No quieres olvidar este ejercicio.

Terminas un asunto, y en seguida

Vuelves y te procuras otro nuevo.

Que te saldrá igualmente bien, espero.

ANT. ¡Avergonzado estoy, y en tus palabras—895

Veo mis culpas como en claro espejo!

Fácil nos es obedecer á un amo

Que cuando nos ordena nos convence.